

## **NECROLÓGICA**

### ***D. Francisco López Estrada***

Tiene especial sentido que en las páginas de una revista dedicada a los asuntos de poética medieval y a sus disciplinas afines se recuerde la figura de don Francisco López Estrada (1918-2010) porque muchas de las líneas de trabajo que él promoviera a lo largo de casi sesenta años de docencia y de investigación convergen en este dominio formal y temático. No es esa, con todo, la principal razón de trazar esta semblanza, sino la de rendir homenaje a un maestro modélico que lo fue todo para quien firma estas líneas.

Quienes fuimos discípulos de don Francisco recibimos de él no sólo un saber asociado a unas asignaturas relacionadas con la Edad Media, sino algo más importante, los pilares en los que asentar una vocación filológica que debía abrirse primero al texto, después a la historia literaria, para converger por último en el pensamiento poético que había guiado a un determinado autor o que explicaba la aparición de una determinada obra. Sus asignaturas estaban montadas conforme a este esquema. Su labor no se reducía a impartir un programa que asegurara la asimilación de un determinado contenido, centrado en un preciso período; planteaba, de modo previo, las claves que permitieran analizar lo que él llamaba los «grupos genéricos», para explorar después el desarrollo de aquellas obras que compartieran unos mismos rasgos o que obedecieran a similares patrones formales.

La labor docente de don Francisco se desarrolló, más allá de los múltiples viajes por medio mundo, en tres universidades. En 1946,

obtuvo la cátedra de Lengua y Literatura Española de la Universidad de La Laguna, pasando dos años después a la Universidad de Sevilla, en donde permanecería casi treinta años, los más activos y provechosos de su vida universitaria, dedicada tanto a formar una escuela filológica –alumnos suyos fueron Francisco Márquez Villanueva, Rogelio Reyes Cano, Pedro Piñero Ramírez, Mercedes de los Reyes Peña- como a promover empresas de honda justicia cultural: reivindicó la memoria de los hermanos Machado, demostró la modernidad de Bécquer y se embarcó en arriesgadas misiones diplomáticas para traer a España a Juan Ramón Jiménez; estas tres iniciativas cuajaron en diversos libros que plantearon, en cada caso, perspectivas renovadoras de acercamiento a la obra y el pensamiento de estos poetas tan ligados a Sevilla y a Andalucía. Y lo mismo cabría decir de los diversos estudios históricos que lo llevaron a editar a Pedro de Espinosa –las *Poesías completas* de 1975, la *Obra en prosa* de 1991-, a estudiar la literatura fronteriza –cancioneros, romanceros, textos moriscos-, a interesarse por las fiestas del siglo XVII como fenómeno parateatral. Con una sólida reputación académica, se trasladó a la Universidad Complutense en 1975, dirigiendo su Departamento de Literatura hasta el año de su jubilación –forzada por imperativos legales- en 1986, aunque se mantuvo cerca de las aulas hasta 1994 como profesor emérito; muchos de sus discípulos madrileños son hoy catedráticos en la misma Universidad y valga citar sólo a Ángel Gómez Moreno, Javier Huerta Calvo o Víctor Infantes de Miguel que, por ser los más cercanos, impulsaron diversos homenajes en vida a don Francisco, de los que destacan los dos volúmenes que con el título de *Arcadia. Estudios y textos dedicados a Francisco López Estrada* aparecieron en la revista *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* (1987-1988), en cuya fundación contribuyó con gestiones eficientes el propio López Estrada.

Conocido, sobre todo, por sus estudios medievalistas, su incansable curiosidad lo llevó a interesarse por el resto de períodos de la literatura española, en especial la áurea y la contemporánea. Más allá de las ediciones y de las monografías que dedicara a los diversos autores y textos de los que se ocupó, lo que importa es constatar la visión teórica con la que abordaba estas pesquisas y que, luego, desplegaba en los cursos que impartía o en las conferencias que dictaba. En esa construcción de un riguroso pensamiento filológico, adquiere especial

relevancia una obra capital para la construcción del medievalismo como doctrina, su *Introducción a la Literatura medieval española*, con una primera edición en 1952, aumentada y revisada luego en 1962, en 1966, en 1979 y en 1987, con sucesivas reimpresiones; no se trataba de escribir una historia literaria al uso –un repertorio cronológico de obras y de problemas–, sino de formular un método de trabajo en el que contaban aspectos que, para esas décadas, eran totalmente renovadores; así lo afirmaba en el prólogo de 1978, apuntando hacia un dominio que siempre presidió sus pesquisas: «Tuve también un particular empeño mientras lo redactaba: que la Ciencia literaria fuese no sólo la información sobre su campo y los principios de sus diferentes metodologías, sino que representase también un aspecto del humanismo en correspondencia con los tiempos que nos tocó vivir. Este humanismo debe hallarse en el fondo de cualquier ciencia como un norte que la oriente para el servicio y salvación del hombre» (Madrid, Gredos, 1979, p. 14). La misma orientación historiográfica posee la coordinación del volumen consagrado a *La cultura del románico, siglo XI al XIII*, que constituye el tomo 11 de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal y continuada por Jover Zamora y que apareció en 1995.

En cierta manera, aunque con otro alcance, su método de trabajo venía a coincidir con los fundamentos con que Paul Zumthor diseñara su *Éssai de poétique médiévale*, aparecido veinte años después en 1972; don Francisco se apresuró a sistematizar sus ideas en un artículo-resena de más de cincuenta páginas publicado en el *Anuario de Estudios Medievales* ([1974-1979]) en el que señalaba la importancia de perfilar un marco teórico para engastar cualquier indagación que se quisiera practicar sobre un autor o una obra, incluso para plantear una edición de un texto, aplicando al caso su propia experiencia: «Los que hemos querido llevar a cabo exposiciones sintéticas sobre la Edad Media literaria, sabemos la dificultad que existe para sistematizar el período» (p. 733). De ahí que resultaran tan innovadoras sus aproximaciones a la métrica y a la retórica. No empezaba don Francisco un curso sin entregar a sus alumnos unas nociones elementales sobre estas disciplinas, así como las pautas generales para realizar un comentario de texto. Él se preocupó, junto a K. Wagner, de que se tradujera y adaptara al español el importante *Manual de versificación española* de R. Baehr en 1970; pero aún más sorprendente resulta su ensayo sobre la

*Métrica española del siglo XX* de 1969, cuando no se había emprendido una pesquisa de este calado dedicada a los hallazgos rítmicos y a los múltiples experimentos formales del versolibrismo; el concepto de «línea poética» adquiere carta de naturaleza en esta obra y es básico para el análisis de la evolución del discurso métrico en esa centuria; la cantidad de ejemplos a que remite convierten el manual en una preciosa antología de la versificación de que se ocupa, estrechamente incardinado al ámbito pedagógico del que surgía: «Lo saco así del ámbito de mis clases y, tomando la cuestión de varios de mis cursos al hilo de los comentarios de textos, reúno aquí un primer planteamiento del asunto. En mis clases tuve ocasión de percibir que este “episodio” de la métrica nueva incitaba la curiosidad de la juventud universitaria, y cada vez más me di cuenta de que era un fenómeno de nuestro tiempo que requería la necesaria dedicación» (Madrid, Gredos, 1969, p. 13). Esa vertiente práctica, tan presente en sus análisis, se aplica después a la edición y estudio de los poetas contemporáneos ya nombrados: Bécquer le interesaba en especial por las rimas y por los escritos en que explicita su teoría poética, como lo demuestran *Poética para un poeta: las «Cartas literarias a una mujer» de Bécquer* (1984) y las *Rimas y declaraciones poéticas* (1986), título compartido con María Teresa López García-Berdoy, su hija y, en cierto modo, continuadora de muchas de las labores emprendidas por don Francisco; y procede recordar el estudio de 1975 en el que indagó sobre los antecedentes de la pregunta «¿Qué es la poesía?» en los poetas Campillo y Trueba. Junto a Bécquer, como si fueran figuras de un mismo cuadro de referencias, destacan las originales valoraciones consagradas a Rubén Darío y a los hermanos Machado, que caen bajo la dimensión del comparatismo en este caso entre épocas, señalando la influencia del pensamiento de un período concreto en la producción de unos autores: surgen, así, *Rubén Darío y la Edad Media*, de 1971, que llevaba como subtítulo «una perspectiva poco conocida sobre la vida y la obra del escritor», y *Los «Primitivos» de Manuel y Antonio Machado*, ya de 1977, ahondando en la huella del prerrafaelismo y en los ecos continuos de los temas y figuras medievales, siempre con la preocupación de diseñar un campo de interés más amplio: «Precisamente el eje de este libro se articula sobre una determinada parte de su obra que discurre, en cierto modo, paralela; y, a mi parecer, lo que aquí expongo no se trata de meros rasgos de época que después

hayan sido sobrepasados por lo que siguió. La cuestión, además, no se ha de plantear sólo en relación con los hermanos Machado, sino que toca a uno de los aspectos controvertidos de nuestra historia literaria: la relación entre lo que se viene llamando Modernismo y “Generación del 98”» (Madrid, Cupsa, 1977, p. 14). Y siempre Juan Ramón Jiménez, ya como centro de una especial vocación lectora: han sido numerosas las antologías dedicadas a su obra y se puede destacar la *Antología general* de 1982, la dedicada a la *Poesía y prosa* de 1983 o su edición de *Platero y yo*, otro campo de investigación en el que ha contado con la colaboración de M<sup>a</sup> T. López García-Berdoy. Menos conocida, pero demostrativa del valor que don Francisco concedía a la poesía del siglo xx, es su edición del *Verso y prosa* (1971) de uno de los poetas menores del 27, el sevillano Joaquín Romero Murube; sin salir de la Edad de Plata, consagró dos estudios al hispalense Luis Cernuda, uno en 1965, centrado en las epístolas de Cernuda de 1926-1929, otro en 1971 sobre su período sevillano; también se acercó al *Cántico* guilleniano en 1971; tales eran los análisis que giraban en torno a la órbita de su *Métrica española del siglo xx*.

El interés por la poética se hace, sobre todo, evidente en los trabajos dedicados a la poesía medieval; ya de 1977 es una importante monografía titulada *Lírica medieval española*, en la que se encierra un panorama que después definirá y glosará con precisión en *Poesía medieval castellana (Antología y comentario)* de 1984, revisada y estructurada de nuevo, junto a su hija, en 1991, ya con el título de *Poesía castellana de la Edad Media*, partiendo de este presupuesto unificador de tantas décadas de trabajo: «Entendemos, en principio, que este libro, asegurado sobre las diversas disciplinas de la filología, trata de ser un complemento de las Historias de la literatura en un camino que quiere conducir a la lectura total de las obras y autores que aquí se muestran antológicamente» (Madrid, Taurus, 1991, p. 14). Si la edición de 1984 se dedicaba a su maestro José Fernández de Montesinos, esta ofrenda se amplía en 1991, pero con una mirada puesta en su presente: «En memoria de los maestros que nos enseñaron a leer la literatura con amor y ciencia, y con la esperanza de que los estudiantes prosigan con igual empeño su preparación para este fin». Esta visión de la poesía medieval se enraizaba en uno de los análisis más complejos que se habían planteado sobre la evolución del pensamiento literario medieval

y que conduce a sus *Poéticas medievales castellanas*, un volumen que marca un hito en esa área temática, ofreciendo por primera vez una edición, con un nutrido aparato de notas, de los opúsculos debidos a Baena, Santillana y Encina, advirtiendo en ese año de 1984 un fenómeno que luego se ha hecho bien cierto: «Los estudios más recientes sobre la Literatura están poniendo de relieve la importante función que la Poética ha tenido en la creación literaria europea. Entendemos de una manera general por Poética el planteamiento de una actitud reflexiva ante el hecho literario (creación y percepción), ordenadora, consciente en el uso de los recursos lingüísticos de condición poética, que representa un fondo operativo, tanto ideológico como instrumental» (p. 11). Junto a estos trabajos, deben mencionarse sus incursiones en el estudio del romancero y de los cancioneros, vinculados además a la etapa de la reconquista del siglo xv, en su orientación fronteriza; ahí, hay que situar su *Poema del asalto y conquista de Antequera* de Rodrigo de Carvajal y Robles de 1963, su edición de las «Coplas de Juan Galindo» en su *Poética de la frontera andaluza (Antequera, 1424)* de 1998 o su *Romancero del abencerraje y la hermosa Jarifa* de 1965. Conviene este último título para reseñar la atención prestada por don Francisco a los diversos grupos genéricos con que se difunde la prosa de ficción en el siglo xvi; sus aportaciones a la literatura pastoril son fundamentales, convergiendo en la monografía capital de *Los libros de pastores en la literatura española (La órbita previa)* de 1974 una práctica anterior de ediciones de los textos canónicos de este orden narrativo, tanto de *La Galatea* –con un proceso que lleva de La Laguna, 1948, a la final de 1995, en compañía de M<sup>a</sup> T. López García-Berdoy-, como de *Los siete libros de la Diana* –primero en la benemérita Ebro de 1950 hasta llegar a la de Espasa-Calpe de 1954- o, por seguir este mismo rastro, a *La Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo ya en 1988; debe recordarse, de este mismo dominio, la herramienta de la *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española* de 1984, preparada junto a sus discípulos Javier Huerta y Víctor Infantes; bien cumplía, con razón, haber cubierto las lagunas que denunciaba en el prólogo de 1974: «Si Cervantes y Lope escribieron libros de pastores, es señal de que éstos no serían un frívolo capricho, y me atrevo a decir que si lo hicieron fue porque algo se lo pedía en la conciencia que los guiaba como hombres de una época y que esto fue ineludible para ellos. Este

clamor y exigencia de un pasado que fue vida, hasta ahora poco oído por la crítica moderna, apagado por el polvo de indiferencia con que el Romanticismo ha cubierto estos libros, quiere volver a resonar, y estas páginas mías lo acogen con ilusión y con el temor de si he sabido interpretarlo de buena manera» (Madrid, Gredos, 1974, p. 12).

De gran valor fueron sus estudios y ediciones dedicadas a la novela morisca, con la edición de *El abencerraje* de Antonio de Villegas de 1965, que en 1980 se extiende a la novela y al romancero ya en la editorial Cátedra. Y es que a don Francisco le preocupaba no sólo la obra en sí, sino las relaciones genéricas que de la misma derivaban, de ahí que fuera normal que un análisis textual o una edición concreta acabaran convirtiéndose en punto de partida de una pesquisa más amplia que afectara a todo el grupo de obras que coincidiera con los planteamientos formales y temáticos del primer texto examinado; lo que había sucedido con los libros de pastores vuelve a ocurrir con los libros de viajes; en 1943, como tesis doctoral, editó la *Embajada a Tamorlán* de Ruy González de Clavijo que sería publicada en ese mismo año y felizmente reimpressa –con las revisiones correspondientes– en 1999, ahora en Castalia; este hilo conductor sigue con la bibliografía que incorpora a la reedición de 1982 de la edición de Marcos Jiménez de la Espada de las *Andanças e viajes de Pero Tafur*, conduciendo este recorrido a la monografía *Libros de viajeros hispánicos medievales*, aparecida ya en 2003 y que ofrece una apretada síntesis de la pluralidad de líneas de estudio dedicadas a este dominio.

La prosa, en sus diferentes modalidades narrativas, constituye uno de los ámbitos preferentes de la investigación de don Francisco; así lo pone de manifiesto el tomo de *Orígenes de la prosa* de 1993 preparado con María Jesús Lacarra, en el que se ocupaba de la figura de Alfonso X, planteada con novedosos propósitos reivindicativos. No es extraño que atendiera, también, en diversos estudios al *Quijote*, ya valorando la presencia de los pastores en la creación cervantina, los nexos con el Apuleyo castellano o los motivos que conforman la semblanza del caballero aventurero, abocado necesariamente a «la aventura frustrada». Fue una lástima que no reuniera estos trabajos en un volumen que les prestara la homogeneidad teórica y discursiva de la que surgen. Sí, al menos, aunque en otra editorial que no era la pensada en un principio, apareció su aportación al volumen *La novela española en el siglo XVI*,

en 2001, en colaboración con María Soledad Carrasco Urgoiti y Félix Carrasco.

Cabe, en verdad, considerar a don Francisco como uno de los especialistas más destacados en la literatura del Siglo de Oro; fue, por ello, elegido con toda justicia para coordinar el segundo de los volúmenes de la Editorial Crítica de la colección «Historia y crítica de la literatura española e hispanoamericana» que aparece en 1980, con su *Primer suplemento* en 1990; en ambos casos, don Francisco se ocupaba del capítulo 5, consagrado, como corolario de tantos estudios y ediciones, a las «Variedades de la ficción novelesca».

Otro ámbito especial de estudios se centra en el *Cantar de mio Cid* y en la figura de Rodrigo explorada en sus diversas manifestaciones literarias; de hecho, uno de los cursos de doctorado, abiertos al comparatismo, que don Francisco impartía en la Complutense, permitía avanzar desde el poema épico hasta *Anillos para una dama* de Antonio Gala, con un estudio exhaustivo y sugerente de las transformaciones que sufrían los motivos y los personajes de la épica medieval. La principal aportación de López Estrada a esta materia se concreta en la modernización que preparó del cantar de gesta, dotando a cada verso de una disposición rítmica especial; posiblemente, de su ingente bibliografía, sea ésta la obra que más veces se haya reeditado en un período que supera los cincuenta años; en 1955 aparece en *Odres Nuevos*, aún en Valencia, la primera edición, reimprimiéndose continuamente hasta llegar a 2007, en que se publica la llamada “Edición Conmemorativa del VIII Centenario del ms. de Per Abat”; aún la de 2010, la decimotercera edición, aparece corregida y renovada, pero hay que recordar que la 5ª de 1967 fue una edición especial para el Ministerio de Educación y Ciencia. Numerosas generaciones de estudiantes se han acercado al antiguo cantar de gesta a través de los versos, medidos y cuidados con tacto y sensibilidad, con que don Francisco adaptó el antiguo castellano copiado por Per Abat; esa labor docente se percibe, aún, en la edición escolar *El Cid Campeador* de 2002 preparada conjuntamente con Jorge Roselló Verdaguer. Esta continua atención al poema, manifestada a través de artículos y de conferencias diversas, cuajó en el *Panorama crítico sobre el Poema del Cid* de 1982, una magnífica herramienta de trabajo para adquirir una visión global de los principales problemas que plantea este emblemático cantar cidiano; los análisis que traza de



sus personajes y de las principales situaciones argumentales pueden considerarse definitivos, a tenor sobre todo de los ejes con que articula el estudio: «No olvido que se trata de estudiar *una* obra determinada y por eso procuro considerarla en su *unidad* original (en, desde, lo más cerca posible de las condiciones de su origen), pero, al mismo tiempo, también tengo en cuenta lo que el *Poema* representó para las posteriores generaciones de oyentes y lectores hasta llegar a nuestra época. Cuando me refiero a lo que la obra medieval puede representar hoy, lo hago obedeciendo al propósito de reconocer lo que el *Poema del Cid* vale en la cultura española de nuestros días» (Madrid, Castalia, 1982, p. 10).

El teatro del Siglo de Oro y en especial la figura de Lope de Vega han ocupado muchas de las horas de trabajo de don Francisco; su *Fuente Ovejuna* es tan conocido como su adaptación del *Cantar de mio Cid*; en 1965 dictó un discurso de apertura del curso académico ofreciendo un contraste entre las obras de Lope y la de Cristóbal de Monroy, dos textos que editaría después en Castalia en 1969, alcanzando la sexta edición en 1986; transcurridos diez años, en 1996, prepara la séptima edición sólo con el texto de Lope; también, con orientación didáctica, M<sup>a</sup> T. López García-Berdoy parte del texto fijado por su padre para la edición que elabora para la colección de Castalia Didáctica de 1987; y aun en 1999, es elegida su edición para ser difundida en la Biblioteca del diario «El mundo», poniendo prólogo a este trabajo Antonio Gala. Del interés por el teatro áureo da testimonio un trabajo pionero de 1951, «Rebeldía y castigo del avisado don Juan», en el que analizaba la figura del burlador. Y también de Lope es la comedia *El remedio de la desdicha* que, junto a su hija, edita en 1991, incardinada al tema morisco sobre el abencerraje. Vinculado a este asunto había versado el discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1956, proponiendo un sugerente examen de «La conquista de Antequera en el romancero y en la épica de los siglos de oro»; adviértase que en este temprano enunciado se anudan ya tres de las líneas principales de una investigación felizmente dilatada durante cincuenta largos años.

Dejo para el final tres núcleos de investigación que posiblemente no sean los más conocidos pero que se centran en autores o en asuntos hacia los que don Francisco mostró una especial preferencia. Por una parte, Ramón Gómez de la Serna siempre fue un escritor que lo cautivó y, así, casi como broma gregueresca, cuando fue obligado a jubilarse,

dictó en la Univ. Complutense una conferencia sobre el origen y desarrollo de la greguería ramoniana; en conversaciones posteriores, compartiendo ésta y otras devociones –la de Juan Ramón por encima de cualquier otra-, don Francisco me confió lo que le había impresionado la lectura de *El hombre perdido* de 1946 por la singular disolución de la conciencia en esa especie de nebulosa que construye ya en el exilio argentino. Por otra, Tomás Moro –y la defensa de su condición religiosa contra el poder realista- y su obra *Utopía* le permitieron acercarse a don Francisco al pensamiento de este teólogo y humanista inglés; sólo como anécdota puedo referir que una de mis líneas particulares de trabajo arrancó de la elaboración de don Francisco, en torno a 1979, de la espléndida monografía *Tomás Moro y España* –el título posee un claro eco de M. Bataillon y su *Erasmus y España*, por supuesto- que aparecería en 1980; a punto de terminar el quinto año de licenciatura le pedí a don Francisco orientación para realizar mi tesina y no dudó al animarme a analizar el tema de la isla en los libros de caballerías, por cuanto él estaba metido de lleno entonces con el proyecto de la sociedad ideal diseñado por Tomás Moro; por algo, en 1981 encontraba trazado en el *Libro de los ejemplos por a.b.c.* uno de los caminos medievales hacia la Utopía y en 1983 prologaba el estudio de Stelio Cro sobre *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América Hispana*; en 2001, en Sevilla, aparece la edición modernizada de la semblanza de *Tomás Moro* preparada por Fernando de Herrera. Pero posiblemente –y es el tercer asunto que dejaba para el final- el libro menos conocido de don Francisco y sobre el que él me llamó especialmente la atención, por el tiempo y el cuidado que le dedicó, sea el bello volumen de su *Antología de epístolas: Cartas selectas de los más famosos autores de la Historia Universal* publicado en 1961; son pocas las cartas del período medieval, pero la finura con la que elabora su introducción y la sensibilidad con que realiza la selección de textos convierten esta colectánea, lamentablemente no reeditada, en un punto de partida imprescindible para el estudio de la epistolografía; al menos lo fue para mí en el trabajo que le dediqué en el homenaje que se le preparó en 1987.

Por encima de su obra, siempre estará su persona, la memoria de su labor docente, la influencia de su humanidad y su sabiduría sobre generaciones de filólogos en las dos universidades principales –Sevilla

y Complutense- en las que se desarrolló su trabajo. Quiero terminar esta nota de homenaje con una idea que él me transmitió en mis años de formación y que he repetido yo luego a mis estudiantes en varias ocasiones; en torno a 1980, don Francisco me hizo ver que el trabajo de un profesor no dependía de sus años de estudio o de sus inclinaciones personales por tales o cuales materias, sino de modo especial de los maestros que lo habían inclinado hacia esos asuntos y que habían intervenido en la construcción de su pensamiento, también de su teoría docente; me dijo que en cuanto alumno de Dámaso Alonso, también se sentía discípulo de Ramón Menéndez Pidal y de Marcelino Menéndez Pelayo y de Manuel Milá y Fontanals; y que, por tanto, los que habíamos sido sus alumnos, de un modo o de otro, recibíamos de sus manos ese legado; estas palabras las he evocado algunas veces para hacer sentir a mis estudiantes que podían considerarse parte activa de una larga tradición de la que yo no era más que un simple eslabón; pulido y cuidado, eso sí, por la amistad y por el magisterio de uno de nuestros grandes filólogos del siglo xx. Ésa es la mejor lección que nos podía dejar, la única, además, que tenemos que esforzarnos en transmitir.

Fernando Gómez Redondo  
Universidad de Alcalá